



C O L U M N A

## El fragor de la batalla

The heat of battle

O calor da batalha

<https://doi.org/10.46856/grp.22.e011>

Date received: October 2/ 2020  
Date acceptance: October 28 / 2020  
Date published: November 5/ 2020

Cite as: Palacios A. El fragor de la batalla [Internet].  
Global Rheumatology. Vol 1 / Jun - Dic [2020].  
Available from:  
<https://doi.org/10.46856/grp.22.e011>



COLUMNA

# El fragor de la batalla

## Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

Palabras Clave: COVID-19, PANDEMIA, COLUMNISTA

**"Eloisa, especialista en Medicina Crítica, vive la pandemia desde un hospital, llora en silencio a los que se van y lucha para que los que llegan a su servicio, médicos o pacientes, resistan. "**

En el barrio campean los contagios y pulula un rumor de muerte que atraviesa las calles. Eloísa vence el agotamiento y la tensión acumulada para meterse bajo la ducha. Antes observa en el espejo su cuerpo bien formado, aunque ha perdido algo de tono muscular con estas jornadas de espanto.

Deja que el agua caliente la desperece. Ya no le queda ánimo para cantar como lo hacía antes de esta pandemia. Su uniforme quirúrgico está doblado en la silla esperándola como una orden terminante que no puede eludir.

Se ata una trenza y se viste -hoy de tono violeta- para acudir al hospital antes de que amanezca. Otra vez dejará su departamento en desorden; la Sala de Terapia Intensiva ha sido su hogar por un semestre.

Cuando terminó la especialidad de Medicina Crítica con honores era la única mujer de su generación que se había aventurado por esa senda de monitores, silencios prolongados y zozobra. Sus amigas -varias dermatólogas, alguna pediatra u otorrino, dos internistas y una endocrinóloga- le advirtieron que no vería la luz del día y que esa demanda profesional le costaría su precoz matrimonio.

Tal profecía se cumplió un año atrás, cuando su marido, un ingeniero que empezaba a destacar económicamente, la abandonó por oleajes más tranquilos; el muy cínico.

Ella se recompuso pronto, dedicada en cuerpo y alma a sus enfermos atacados por el nuevo enemigo microscópico. Lo cierto es que tomó a su equipo por sorpresa.

Cuando llegaron los primeros casos en marzo afectados por esa hipoxia silenciosa que los mataba en horas, la información era fragmentaria y los recursos exiguos.

Solamente quienes estaban a cargo del contacto diario recibieron escafandras y trajes de vinilo, guantes dobles y turnos discontinuos. Aún así, Eloísa vio caer a tres enfermeros y a un anestesiólogo que la estaba cortejando con una neumonía atípica que los aniquiló en pocos días, pese a todas las medidas y esfuerzos que les dedicaron.

Ella, como jefa de servicio, los lloró en silencio y les dedicó numerosos elogios frente a sus equipo con actitud estoica para ahuyentar el desaliento que la rodeaba ante cada deceso.

Hoy transita por las avenidas semidesiertas de la capital, otra ciudad latinoamericana que sobrevive apenas bajo el miedo y la tenebra. La gente a su alrededor camina cabizbaja, no todos con tapabocas, tratando de ganarse la vida como puede.

En Europa pudieron levantar la frente pronto - piensa- porque no arrastran siglos de pobreza que los atezan. Aquí este virus arrasó con las comunidades marginales como una plaga incontrolable, asesina.

Ella lo sabe bien, ha visto sucumbir a los más viejos, los más pobres, aquellos que en la mirada hueca, ávidos de oxígeno, mostraban una profunda incomprensión frente a su suerte.

A finales de mayo las estadísticas eran una suma de decepciones, y los pocos pacientes que se recuperaban lo hacían más por azar que por el empleo de suero convaleciente, esteroides o Tocilizumab. El primer rayo de esperanza vino cuando en dos enfermos que se precipitaban a esa muerte seca y alguien sugirió tomarles marcadores de trombosis.

Fue por serendipia o porque alguno de los residentes más inquietos cayó en cuenta de un artículo aislado que documentaba endotelitis perialveolar. Sea como fuere, los resultados del Dímero D despertaron la conciencia general y empezaron a emplear heparina de bajo peso molecular a destajo. Tras todas esas semanas de fracasos, los enfermos más agudos empezaron a responder; el oxígeno parecía por fin fluir sin contratiempos y la curvas de función cardiopulmonar se reintegraron.

No es que hubiesen ganado la batalla, medita Eloísa al volante de su pequeño Toyota, pero vieron algo de penumbra al final del túnel.

A su arribo al nosocomio, la está esperando bajo la llovizna la jefa de enfermeras. Viste un anorak gris que oculta sus facciones, máxime que el cubrebocas solo deja libre sus ojos lánguidos y ansiosos a la vez. Eloísa se apea del auto y la saluda con recato.

-¿Qué pasa, Lola? Te veo desencajada.

- Se acabó el anticoagulante, doctora Rojas. No sé qué vamos a hacer. Estoy desesperada buscando insumos en otros hospitales.

Sorprendida de su reacción maternal, ella que aún no ha gestado salvo denuedo incansable, la toma del brazo y la encamina hacia la entrada lateral.

-No se alarmen-, le dice en tono amable- de peores escaramuzas habremos de sobrevivir.

Su presencia en la Terapia infunde calma; emplearán aspirina, clopidogrel, warfarina o lo que haga falta, pero no volverán a permitir que la muerte inunde su santuario.

En algún lugar de esa ciudad, avasallada por la peste, Eloísa y su equipo se sirven un café reconfortante y se aprestan a revisar los pormenores de la guardia que termina. Afuera, la carestía, como en tantas otras metrópolis de esta América herida, sigue horadando los hogares donde apenas alcanza para remontar el día.

COLUMNS

# The heat of battle

## Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

Keywords: COVID-19, PANDEMIC, COLUMNIST

**"Eloise, Specialist in Critical Medicine, lives the pandemic from a hospital, cries in silence for those who have left and fights for the ones that come to her service, doctors or patients, hold on."**

In the neighborhood the contagions rage and the rumors of death cross the streets. Eloise overcomes exhaustion and the accumulated tension in order to get under the shower. Before this, she looks at her well-formed body in the mirror, although she has lost some muscle tone with these frightening shifts.

She lets the warm water wake her up a bit. She has no energy to sing like she used to before the pandemic. Her scrubs are folded in the chair waiting for her as a strict order that she just cannot avoid.

She braids her hair and gets dressed – violet scrubs today – to go to the hospital before dawn. Once again, her apartment is a mess; the Intensive Care Unit has been her home for a semester.

When she finished her Critical Medicine specialty with honors, she was the only woman in her generation that had ventured into that path of monitors, prolonged silences and distress. Her friends, - many of them dermatologists, the occasional pediatrician or ENT, two internal medicine specialists and an endocrinologist – warned her that she would not see the light of day and that this professional demand will cost her losing her precocious marriage.

Said prophecy was fulfilled last year, when her husband, an engineer that was starting to stand out economically speaking, abandoned her for calmer waves, the cynic.

She got over him son, devoted in body and soul to tending to her ill patients that were being attacked by the new microscopic enemy. The truth is that it took her team by surprise.

When the first cases arrived in March with those who were affected by that silent hypoxia that killed them in hours, the information was limited, and the resources were scarce.

Only those who were in charge of the daily contact received vinyl suits, double gloves and discontinuous shifts. Still, Eloise saw three nurses and an anesthesiologist that was courting her fall with an atypical pneumonia that annihilated them in a few days, despite all the measures and efforts taken to help them.

As the chief of service, she cried for them in silence and dedicated numerous praises in front of her team with stoic attitude to scare off the discouragement that surrounded her before every death.

Today she walks by the semi-deserted streets of the capital, another Latin American city that barely survives under fear and darkness. People around her walk downcast, not all wearing masks, trying to win make a living as well as they can.

In Europe they were able to lift their heads soon – she thinks – because they don't drag centuries of poverty that strangle them. This virus swept through all the marginal communities here like an uncontrollable, murderous plague.

She knows it well, she has seen the eldest, poorest, those with a hollow stare, hungry for oxygen, showing a deep incomprehension in the face of their fate, succumbing.

By the end of May the statistics were a sum of disappointments, and the few patients that managed to recover did so more by chance than by the use of convalescent serum, steroids or Tocilizumab. The first ray of hope came when on two patients that were drifting into that dry death and someone suggested taking thrombosis markers test.

It was either because of serendipity or because one of the most curious residents found an isolated article that documented perialveolar endothelitis. Be that as it may, the D-Dimer results sparked general awareness and they started to use low-molecular-weight heparin on a piece-rate basis. After all those weeks of failures, the more acute patients started to respond; the oxygen finally seemed to be flowing without setbacks and the cardiopulmonary function curves were restored.

It's not like they won the battle, Eloise would think while she drove her small Toyota, but they were able to find a bit of a twilight at the end of the tunnel.

Upon her arrival at the hospital, the head nurse is waiting for her under the drizzle. She is wearing a gray anorak that hides her features, especially since the mouthpiece only leaves her languid and anxious eyes free. Eloise gets out of the car and greets her with modesty.

- What is wrong Lola? You look concerned.

- Dr. Rojas, we ran out of anticoagulant. I don't know what we are going to do. I am desperately looking for supplies at other hospitals.

Surprised by her maternal reaction, she who has not yet conceived more than her tireless spirit, takes her by the hand and leads her towards the side entrance.

-Don't be alarmed -, she tells her in a friendly voice – we will survive worse skirmishes.

Her presence in the Therapy instills calm; they will use aspirin, clopidogrel, warfarin, or whatever is necessary, but they will not allow death to flood their sanctuary.

Somewhere in that city, subdued by the plague, Eloise and her team serve themselves a comforting coffee and get ready to check the details of the ending guard. Outside, the famine, like in so many other metropolis of this wounded America, keeps piercing homes where there is barely enough to make do for the day.

C O L U N A

# O calor da batalha

**Alberto Palacios**

IIJefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

Palavras chaves: COVID-19, PANDEMIA, COLUMNISTA

**"A Eloisa, especialista em Medicina Crítica, vive a pandemia desde um hospital, chora em silêncio aos que vão e luta para que os que chegarem ao seu serviço, médicos ou pacientes, resistam."**

No bairro há muito contágio e andam os boatos de morte que percorrem as ruas. A Eloísa supera o cansaço e a tensão acumulada para entrar no chuveiro. Antes, olha no espelho o seu corpo bem formado, embora tenha perdido um pouco do tônusmuscular com estes dias de pavor.

Deixe a água quente esticar. Ela não tem mais coragem de cantar como fazia antes da pandemia. O seu uniforme está dobrado na cadeira, esperando por ela como uma ordem estrita que ela não pode evitar.

Ela amarra uma trança e se veste - hoje em tom roxo - para ir ao hospital antes do amanhecer. De novo, deixará o seu apartamento em desordem; A Sala de Terapia Intensiva tem sido a sua casa por um semestre.

Quando terminou a especialidade de Medicina Crítica com honras, foi a única mulher da sua geração que se aventurou por aquele caminho de monitores, silêncios prolongados e ansiedade. Os seus amigos - vários dermatologistas, um pediatra ou otorrinolaringologista, dois internistas e um endocrinologista - avisaram que ela não veria a luz do dia e que essa demanda profissional custaria o seu casamento prematuro.

Essa profecia se cumpriu há um ano, quando o seu marido, um engenheiro que começava a se destacar economicamente, a abandonou por ondas mais calmas; o muito cínico.



Ela logo se recuperou, entregando corpo e alma aos pacientes afetados pelo novo inimigo microscópico. A verdade é que ele pegou a sua equipe de surpresa.

Quando os primeiros casos chegaram em março afetados por aquela hipóxia silenciosa que os matou em horas, as informações eram fragmentárias e os recursos escassos.

Somente os responsáveis pelo contato diário receberam macacões e macacões de mergulho de vinil, luvas duplas e plantões descontínuos. Mesmo assim, a Eloísa viu cair três enfermeiras e um anestesista que a cortejava com uma pneumonia atípica que em poucos dias os aniquilou, apesar de todas as medidas e esforços que fizeram com eles.

Como chefe do serviço, ela lamentou em silêncio e deu-lhes inúmeros elogios na frente da sua equipe com uma atitude estoíca para afastar o desânimo que a cercava a cada morte.

Hoje percorre as avenidas semi desertas da capital, outra cidade latino-americana que quase não sobrevive ao medo e à escuridão. As pessoas ao seu redor caminham abatidas, nem todas com máscaras, tentando ganhar a vida como podem.

Na Europa puderam levantar a cabeça rapidamente - ela pensa - porque não arrastam séculos de pobreza que os assola. Aqui, esse vírus se espalhou pelas comunidades marginais como uma praga incontrolável e assassina.

Ela sabe muito bem, viu aos mais velhos, aos mais pobres, aqueles que, no seu olhar vazio, famintos de oxigênio, demonstravam uma profunda incompreensão diante do seu destino, sucumbindo.

No final de maio, as estatísticas eram uma soma de decepções, e os poucos pacientes que se recuperaram o fizeram mais por acaso do que pelo uso de soro de convalescença, esteróides ou tocilizumab. O primeiro raio de esperança surgiu quando em dois pacientes que estavam correndo naquela morte seca, alguém sugeriu levar para eles marcadores de trombose.

Foi por acaso ou porque um dos residentes mais inquietos notou um artigo isolado documentando a endotelite perialveolar. Seja como for, os resultados do D-dímero despertaram a consciência geral e eles começaram a usar heparina de baixo peso molecular em uma base de taxa por peça. Depois de todas aquelas semanas de fracasso, os pacientes mais críticos começaram a responder; o oxigênio finalmente pareceu fluir suavemente e as curvas da função cardiopulmonar foram reintegradas.

Não que eles tivessem ganhado a batalha, a Eloísa pensa ao volante do seu pequeno Toyota, mas eles viram alguma escuridão no fim do túnel.

Ao chegar ao hospital, a enfermeira-chefe a espera sob a garoa. Ela usa um anorake cinza que esconde as suas feições, especialmente porque a máscara só deixa os seus olhos lânguidos e ansiosos livres ao mesmo tempo. A Eloísa desce do carro e a cumprimenta modestamente.

-O que foi, Lola? Eu vejo você desconcertado.

- O anticoagulante acabou, Dr. Rojas. Não sei o que vamos fazer. Estou desesperada procurando suprimentos em outros hospitais.

Surpresa com a reação materna, ela, que ainda não concebeu, exceto pela coragem incansável, a pega pelo braço e a conduz até a entrada lateral.

"Não se assuste", diz ela em tom amigável, "de escaramuças piores que teremos de sobreviver".

A sua presença na terapia inspira calma; eles usarão aspirina, clopidogrel, varfarina ou o que for necessário, mas não permitirão que a morte inunde o seu santuário novamente.

Em algum lugar daquela cidade infestada de pragas, Eloisa e sua equipe se servem de um café reconfortante e se preparam para repassar os detalhes do relógio final. Lá fora, a fome, como em tantas outras metrópoles desta América ferida, continua a afetar as casas onde mal dá para superar o dia.